

485.693 personas han leído La Tercera Online y sus sitios hoy (21:17 Hrs.)



Centro de le  
registrados |  
Administra tu suscri

Suscríbete a La Tercera

PORTADA | POLITICA | NACIONAL | NEGOCIOS | ESPECTACULOS | CULTURA | MUNDO | TENDENCIAS | DEPORTES

14 de marzo de 2006

Santiago 19° | Personalizar | Buscar | LTBlogs | Móviles | Ed. Electrónica |

RELATIVO AL TEMA

ARTICULOS  
RELACIONADOS

06-11-2005 | "Este modelo le ha permitido a Chile cambiar de pelo"

13-11-2005 | La crisis no es sólo francesa

07-11-2005 | Francia: 30 policías quedan heridos en lo que consideran una verdadera "guerra civil"

RANKING

¿Te pareció interesante este artículo?

1 2 3 4 5  
Poco      Mucho

ver ranking de artículos

LaTercera / Reportajes

Opinión

Arde París

Si el estallido social no es controlado y sus causas de fondo no son atacadas, la economía francesa se resentirá. La confianza de los consumidores caerá, la inversión disminuirá, y los políticos estarán menos dispuestos a impulsar las reformas estructurales que el país urgentemente necesita. Peor aún, si el racismo y la discriminación no son enfrentados, la juventud musulmana recurrirá a los movimientos fanáticos para lograr un sentido de pertenencia. Y de ahí al terrorismo hay tan sólo un paso. Ni Francia ni Europa pueden darse estos lujos.

Sebastián Edwards

Fecha edición: 13-11-2005

Una de las mejores películas que vi de niño se titulaba "¿Arde París?". Se trata de un filme entretenidísimo sobre la liberación de París a fines de la Segunda Guerra Mundial. La acción se centra en una multitud de escaramuzas entre los americanos y los miembros de la resistencia francesa, por un lado, y el ejército nazi por el otro. Alain Delon, Jean Paul Belmondo, Kirk Douglas y Anthony Perkins, entre otros, llevan a cabo magníficos actos de arrojo y heroísmo.



Pero lo que verdaderamente define el carácter de este filme no es la acción militar, sino que el dilema que enfrenta el general alemán Dietrich von Chlovitz. Ante la eminente caída de la ciudad en manos de los aliados, Hitler ha ordenado destruirla. Von Chlovitz trata de hacerlo, pero no puede; su amor por la Ciudad Luz es demasiado grande. Prefiere desobedecerle al Führer -con todo el peligro que ello implica en la alemania nazi-, pero no puede prenderle fuego a la ciudad que tanto ama.

Y es así como París sobrevive, prácticamente incólume, a uno de los conflictos bélicos más devastadores de la historia humana.

Sesenta y un años más tarde, la iracunda juventud de color -jóvenes de ascendencia árabe y africana- ha logrado lo que los ejércitos de Tercer Reich no pudieron hacer. Le han prendido fuego a París. Las imágenes en la televisión son impactantes, tal como lo son las historias que hay detrás de esta verdadera sublevación de las minorías francesas.

El otoño de su descontento

Los desmanes se iniciaron cuando dos jóvenes de ascendencia africana murieron electrocutados mientras escapaban de la policía en Clichy-sous-Bois, un suburbio al norte de París. Como protesta ante estas trágicas muertes, los jóvenes de Clichy y

Sebas  
[salir]

publicida

Esta se  
qué  
La nue  
jugada  
Piñera

Anunci

Banco  
Skiing,  
Tasting  
Chile th  
www.ba

Hotele:  
Valpar:  
Hoteles  
informa  
reciente  
TripAdv  
www.Tri

TUS  
RECOI

19-02-  
los pira  
19-02-  
deslum  
literatu  
Rico  
12-03-  
embes:  
prepar:  
Cheves

BENEF  
SUSCF

Des

de otros vecindarios incendiaron vehículos, kioscos y pequeños negocios. Rápidamente la furia se esparció a otros barrios minoritarios y la quemazón se hizo generalizada.

Las autoridades reaccionaron tarde y mal. Por un lado, la rebelión los tomó completamente por sorpresa. Aparentemente, los propios líderes del país se habían creído la historia de que la socialdemocracia francesa -con su asistencialismo generalizado- había transformado a Francia en una isla de armonía social. Según lo expresó públicamente el ministro del Interior, el segundo día de las protestas, se trataba exclusivamente de actos criminales que nada tenían que ver con la pobreza, las paupérrimas condiciones sociales, la destitución o la desesperanza. Al ser acusados de vándalos y holgazanes, los jóvenes de color se sintieron doblemente ofendidos, e intensificaron los desmanes, y las quemazones.

La respuesta oficial ha tenido otros problemas. La rivalidad entre el ministro de Interior Nicolás Sarkozy y el Primer Ministro Dominique de Villepin -ambos quieren suceder al Presidente Jacques Chirac-, y su lucha por lograr el protagonismo mediático, terminó paralizando al aparato estatal. Y ante esta parálisis oficial -y a pesar de la invocación de una ley de emergencia que data de 1955-, las calles de París siguieron ardiendo.

El problema de fondo, sin embargo, no es que dos jóvenes norafricanos hayan muerto electrocutados. El problema de fondo es que en Francia la política migratoria y de asimilación ha fracasado. Las autoridades francesas nunca han querido reconocer la existencia del racismo y la discriminación, y se han negado a aceptar que existen enormes barreras que dificultan el surgimiento social y económico de las minorías.

En Francia no hay miembros de las minorías -africanos u árabes- en los altos niveles del gobierno; prácticamente no hay minorías en la Asamblea Nacional; ningún individuo de ascendencia africana u árabe maneja una gran empresa; no hay minorías entre las grandes figuras intelectuales; hay poquísimos médicos de color; y casi no hay abogados o ingenieros que provengan de los grupos inmigrantes.

Todo esto contrasta enormemente con la abrumadora presencia africana en los deportes franceses. Quien haya visto por televisión el campeonato mundial de atletismo de Helsinki, en agosto pasado, no pudo dejar de reparar la enorme cantidad de hombres y mujeres de color que formaban el equipo nacional de Francia. Pero eso no es todo. De un tiempo a esta parte la selección francesa de fútbol está constituida, en su vasta mayoría, por jugadores de ascendencia africana. Los deportes son, desde un punto de vista práctico, una de las poquísimas avenidas con la que cuentan los jóvenes de color que quieren progresar social y económicamente. Pero esta es una avenida que está abierta a un número pequeñísimo de individuos; no todos los muchachos y muchachas de color pueden transformarse en súper deportistas exitosos. Y los que no lo hacen, quedan rezagados en la pobreza y la frustración.

Un mundo diferente

Todo lo anterior contrasta fuertemente con los Estados Unidos, donde décadas de políticas públicas dirigidas deliberadamente a promover a las minorías han creado un cuadro esperanzador. Estos esfuerzos comenzaron en 1964, durante la administración del Presidente Lyndon B. Johnson, quien impulsó los programas sociales llamados "La Gran Sociedad". Parte de los esfuerzos ha estado basada en "discriminación positiva" (Affirmative Action) y en programas dirigidos a incorporar a minorías en todos los ámbitos de la sociedad.

En los Estados Unidos muchísimos individuos de color son excelentes atletas. Pero también hay miles de doctores, ingenieros, abogados, políticos y jueces que son miembros de las minorías. Algunos ejemplos: dos de las principales empresas estadounidenses -Time-Warner y Merrill Lynch- son dirigidas por afroamericanos; durante los dos términos de la administración Bush, el secretario de Estado ha sido de ascendencia africana; uno de los nueve miembros de la Corte Suprema y una enorme cantidad de miembros de las Cortes de Apelaciones son minorías; y en el Congreso hay una enorme cantidad de afroamericanos, asiáticoamericanos e hispanos.

Pero eso no es todo. En EEUU los inmigrantes encuentran fácilmente empleo, y gracias a la flexibilidad de la legislación laboral pueden ir ascendiendo y empleándose en trabajos de mejor calidad y mayores salarios.

No quiero insinuar, ni siquiera por un segundo, que las relaciones raciales en los Estados Unidos sean óptimas. Desde luego que no lo son. Pero sin duda que son mejores que en Francia. Las políticas públicas que deliberadamente buscaron asimilar a las minorías y a los inmigrantes -incluyendo las políticas de "discriminación positiva"- han dado, en general, un buen resultado. Es hora de que Francia y el resto de las socialdemocracias europeas se muevan en esa dirección. Si no lo hacen, se exponen a que los conflictos actuales se acentúen y que las protestas y quemazones se transformen en pan de cada día.

No cabe ninguna duda que si este estallido social no es controlado, y sus causas de fondo no son atacadas, la economía francesa se resentirá. La confianza de los consumidores caerá, la inversión disminuirá, y los políticos estarán menos dispuestos a impulsar las reformas estructurales que el país urgentemente necesita. Peor aún, si las causas de fondo -el racismo y la discriminación- no son enfrentadas, la juventud musulmana recurrirá a los movimientos fanáticos para lograr un sentido de pertenencia. Y de ahí al terrorismo hay tan sólo un paso.

Ni Francia ni Europa pueden darse estos lujos. Lo que Francia requiere es una mirada de largo plazo, y un esfuerzo verdadero y genuino por integrar a sus minorías a la vida política, social y económica de la nación.

## ESTA NOTICIA TE VA A IMPRESIONAR, ESCANEAR Y FOTOCOPIAR

Suscríbete a **La Tercera** y llévate esta **Multifuncional Epson** a un precio preferencial

¡Con tintas independientes y mucho más económicas!



Precio Ref: \$79.900

### BENEFICIO SUSCRIPTOR

**Pack Exclusivo Viña Ramirana con Copas de Regalo**



Exclusivo

**¡Llévate tu cámara d Epson a p rebajado!**



Exclusivo

**LA TERCERA**

Ayuda | Contacto | Publicidad | Suscripciones | Beneficios Suscriptores | Términos y Condiciones | Sindicar RSS | Qué es RSS | Consorcio Periodístico de Chile S.A. - Derechos Reservados